



- ◆ Trabajo realizado por la Biblioteca Digital de la Universidad CEU-San Pablo
- ◆ Me comprometo a utilizar esta copia privada sin finalidad lucrativa, para fines de investigación y docencia, de acuerdo con el art. 37 de la M.T.R.L.P.I. (Modificación del Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual del 7 julio del 2006)

DIMENSIONES PSICOLOGICAS Y ANTROPOLOGICAS DE LA PLANIFICACION FAMILIAR

Por el Dr. AQUILINO M. POLAINO LORENTE

Prof. Adjunto de Psiquiatría. - Sevilla

Parece un poco contradictorio que en esta segunda mitad del siglo XX, que muy bien podríamos denominar el "Siglo de la Psicología", por el gran desarrollo e incremento que va tomando esta ciencia, la consideración del problema de la planificación familiar desde esta perspectiva, apenas se haya realizado. En los muchos trabajos que hemos revisado, apenas si hemos encontrado una referencia a esta dimensión. Y en algunos de ellos, cuyo título nos aventuraba a encontrar, lo tan penosamente investigado, hemos hallado finalmente disuelto tal enfoque psicológico, en una simple encuesta mejor o peor elaborada, que más bien podría adscribirse al perímetro de las ciencias sociales que al de la psicología.

Conviene, sin embargo, que nos preguntemos desde una perspectiva psicológica —y por tanto científica también— sobre la realidad de los métodos anticonceptivos: qué papel juegan éstos en la integración total de la persona y cuáles son las motivaciones más frecuentemente halladas entre las personas que usan de estos medicamentos, para finalmente abordar, mediante un análisis crítico la pertinencia o impertinencia del uso de tales métodos.

Ya el profesor BOTELLA abordaba, aunque de una manera tangencial, este problema, cuando en la conferencia pronunciada el treinta de noviembre de 1970, en el Instituto de Sociología Aplicada, manifestaba que, "la mujer que practica sistemas anticonceptivos no lo hacía obedeciendo a leyes demográficas, sino a su propia situación psíquica".

Era esta la voz del médico con experiencia, que se alzaba de un modo in-

tuitivo proclamando en aquella ocasión el peso de su quehacer cotidiano.

Entre las razones aducidas como justificación al problema del "BIRTH Control", se encuentran principalmente las siguientes: la superpoblación de la Tierra, la industrialización de la Era tecnológica, la acentuación del polo urbano frente al rural, la carestía de la vivienda, etc., etc. No es que consideremos que todas esas razones no tienen por sí mismas el suficiente peso, pero lo que si echamos en falta, son —aquellas razones— imprescindibles en nuestra opinión más directamente vinculadas a la sustancia misma de la persona. Nos referimos en concreto a la emancipación de la mujer, cuyo cambio se va haciendo notar de día en día; a la extraordinaria modificación que se ha operado recientemente respecto a la estructura y configuración de la familia, así como a las consecuencias de esta cultura de la Era tecnológica que el hombre de nuestros días quizás aún no ha asimilado: la descristianización progresiva en aras de una nueva sociedad hedonista.

Olvidar u omitir estos radicales, sería olvidar el asiento fenomenológico fundamental del problema, si es que no se nos escapa el problema mismo.

Los problemas a abordar aquí son lo suficientemente importantes y extensos como para ser desplazados a otro trabajo futuro. Tratar de resolverlos ahora, sería una utopía irrealizable, por cuanto al hacerlo —si es que pudiéramos!— habríamos resuelto una de las preocupaciones que comprometen y preocupan a todos los ciudadanos que pueblan la tierra.

Estas crisis mundiales revuelven todos los ríos de la tierra. Las aguas apacibles y serenas en las que hasta hace poco, tan sólo una docena de años, estaba instalada "la mujer", tampoco han escapado a este oleaje revolucionario y revisionistas. Desde el psicoanálisis a la antropología, pasando por la sociología, nos llegan constantemente luces distintas acerca de cual sea el ser mismo de la mujer. Y es difícil ponerse de acuerdo a la hora de saber, por ejemplo, lo que debe significarse por feminidad. Una tarea importante en los próximos treinta años será tratar de decantar estas opiniones tan variadas —tan infinitamente contradictorias— en unas resoluciones tales que expliquen y convengan con el ser auténtico de la mujer.

Es opinión común, que la mujer de nuestros días no se "realiza" sino es trabajando fuera del hogar y disminuyendo su coeficiente potencial de engendrar hijos. Es verdad que por factores culturales diversos, de una cierta tonalidad varonil, que no es ésta la ocasión de explicitar, la mujer ha significado un papel bien distinto del que le correspondía —minisvalorización de la misma— en la tarea de la cultura. Ahora bien, parece un poco fuera de lugar tratar de llevar el péndulo hacia el otro extremo. Es el riesgo de la historia. Cuando un extremo se hipertrofió demasiado, parece como si no quedase más remedio que hipertrofiar el opuesto para así contrarrestar y rectificar el rumbo. Es como una homeostasis cósmica. Cualquier autor que se halla enfrentado en una perspectiva psicológica con el problema biológico de la mujer, comprenderá fácilmente como la maternidad —aún hoy— viene siendo uno de los radicales constitutivos esenciales de aquella. No tratamos de hacer un canto a la maternidad, pero cuando existen razones biológicas que apoyan un fenómeno, es fácil suponer que las razones históricas deban ocupar un segundo plano a no ser que estemos dispuestos a quebrantar el orden ecológico, lo cual, a todas

luces, se nos manifiesta como bastante temerario. Conviene, pues, que no perdamos de vista que la maternidad es como el eje vertebral sobre el cual se enrosca —antes y después de su desvelamiento físico— la estructuración de la personalidad femenina. Otra razón que se invoca es la de la sexualidad. Por todas partes se viene perorando acerca de la tan manipulada como poco conocida "educación sexual". Es como si estuviera muy interesado el hombre contemporáneo en desviar la atención de la maternidad a la sexualidad.

Es preciso reconocer —y a nadie creo que se le oculte— que existen razones históricas suficientemente probadas como para concluir que hasta hace muy poco, la sexualidad, como tal, ha pasado escondida a nuestra consideración, si es que no era despreciada o vilipendiada. Pero igualmente, es preciso reconocer que estamos quizás exagerando las cosas y ello, por no estudiarlas en el contexto que le es oportuno y conatural.

Después del informe KINSEY —bastante criticable desde puntos de vista bien distintos— han surgido muchos otros "informes". Aquel hizo fortuna editorial y desde entonces —el efecto de la "gratificación" mediante el "éxito" es extraordinariamente importante, para entender cualquier motivación—, muchos otros autores se han visto llamados a atravesar clamorosamente la barrera cultural y de este modo conseguir que su nombre brille al lado de otros tantos.

Admitir una sexualidad intrascendente —sexualidad sin maternidad— es algo que se opone radicalmente a esta hipertrofiada responsabilidad o casi "seriedad" formalizada que hoy preside la sociedad de consumo y todo cuanto elabora en su ámbito periclitado.

Los medios de comunicación social constantemente nos están informando de la responsabilidad de la educación sexual, y de la responsabilidad de no hipotecar la vida de nuestros sucesores

haciendo un mundo más inhóspito e inhabitable.

Es como si hubiésemos encontrado ya la búsqueda madurez y estuviésemos de vuelta. De aquí que nos preocupemos de hacer predicciones sobre lo que hemos de hacer ahora para conquistar un futuro más humano. Al lado de estas razones de suprema responsabilidad frente al destino histórico del hombre, contrasta la igualmente suprema irresponsabilidad de decidir sobre aquello que no tenemos los suficientes datos todavía. Quizás no hallamos pensado suficientemente. El problema ha sido planteado con demasiada "urgencia" por su enorme interés y no hemos dispuesto del suficiente tiempo para reconsiderarlo en meditación serena. El hombre es operativamente dinámico y, fácilmente, sucumbe a su propia actividad antes que a su genuino pensamiento. ¿Existe la posibilidad de que al suprimir la dimensión de la maternidad, casi hasta en su esfera biológica, consigamos otro tipo de mujer absolutamente despersonalizada e independiente respecto a su misma condición antropológica?

Otra cuestión a tratar es la búsqueda de los auténticos motores motivacionales que encaminan a la mujer hacia la elección de los anticonceptivos como postura vital. CHRISTINE IMLE, que estudió este problema en su aspecto externo en 2.300 mujeres de la Universidad de Würzburg, llega a las siguientes condiciones exigidas por la mujer a la hora de elegir un método anticonceptivo:

1. Que éste no la incapacite para su propia y personal satisfacción sexual.
2. Que reúna todas las condiciones de efectividad, inocuidad y tolerancia.
3. Que dicho método responda al sentimiento estético de la mujer.
4. Que esté de acuerdo con los principios morales de la mujer.
5. Que no se origine en ella ninguna desazón o incomodidad de conciencia

cia al considerar que empleando dicho método se excluye conscientemente la procreación en el acto sexual.

Es interesante constatar a la luz de las conclusiones obtenidas por IMLE, que en ninguna de las razones apuntadas, para la elección del anticonceptivo concreto, estén presentes las razones de suprema "responsabilidad" que antes apuntábamos. Es verdad que en su trabajo la autora no se ha planteado la raíz última de esta motivación, es decir, el porqué de dicha elección. Pero es ya suficiente con lo expuesto. Al método se le pide placer en primer lugar. Luego, esa seguridad que el hombre ansía y que no coincide con la auténtica búsqueda de la verdad. Seguidamente es la preocupación estética la perseguida, y finalmente, las razones morales que se invocan, ya están apuntadas de tal manera que coinciden con una moral hecha a medida, es decir una moralidad impregnada de tal subjetividad que nada pueda ordenar o empujar a la actividad humana a que camine por la norma objetiva. Por ello es preciso que el método elegido no produzca "incomodidad de conciencia".

De esta manera programamos no sólo la vida de los demás, sino que incluso mediante nuestra propia racionalización defensiva, planificamos nuestra intimidad proyectando no la conciencia que cada hombre debe tener mediante la formación integral de su personalidad, sino aquella otra que resulta ser la más conveniente según nuestro hedonista punto de vista.

Conviene, pues, que nos preguntemos —centrando así este problema—, por las consecuencias psicológicas derivadas del uso de los métodos anticonceptivos.

En trabajos anteriores, hemos tratado con relativa independencia otros rectores problematizados de esta cuestión. Ahora ha llegado el momento de someterlos a un análisis desde el punto de

vista psicológico, para determinar si su empleo es o no inocuo.

Contestar a esta interrogación es adoptar una postura comprometida, obviamente. La experiencia adquirida en estos cuatro últimos años en una consulta universitaria de Psiquiatría y Psicología médica, alimenta y constituye el fundamento de nuestra respuesta. A lo largo de este tiempo, hemos tropezado, con relativa frecuencia, con este problema. En algunas de nuestras sesiones de psicoterapia individual, la problemática puntada ha saltado a un primer plano, obligándonos con ello a ayudarle a la paciente en pro de alcanzar una solución personalísima y libérrima al respecto.

Exponemos brevemente a continuación, el resumen de nuestra experiencia. Para una mayor claridad, hemos de distinguir dos partes. En primer lugar, cuáles son las razones o motivaciones que han empujado a nuestra paciente a utilizar alguno de los métodos anticonceptivos anteriormente expuestos. En segundo lugar analizar, del modo más profundo posible, desde un punto de vista antropológico y fenomenológico-existencial, la estructuración de la vivencia psicológica que se desencadena al hacer uso de estos métodos, así como sus posibles consecuencias futuras.

1.—Motivaciones psicológicas que encaminan hacia la decisión final de utilizar un método anticonceptivo.

I.—Cambio en la estructura conyugal y familiar.

Estamos asistiendo en la actualidad a un cambio bastante importante que de un modo paulatino y lento va invadiendo la estructura familiar, tal y como hasta la actualidad venía apareciendo. Mientras que hasta hace poco el centro de las relaciones humanas venía a ser el seno familiar, hoy éste se ha desplazado a otros lugares, si es que en algunos casos no ha desaparecido ya. El he-

donismo y el pragmatismo imperantes en nuestro medio social vienen a censurar las relaciones sociales en otro contexto social y cultural.

Hay que descansar para divertirse o para tener, ese buscado "éxito" social; hay que escapar de la familia. Allí por lo concreto, no se acaba de encontrar la perseguida felicidad. Hay que consumir pero hay que hacerlo de tal manera que se vea por nuestros conciudadanos. Lo escondido es cada día peor valorado. Hace falta el espectáculo de mostrarnos disfrutando de la felicidad. De esta manera las relaciones conyugales son invadidas "sotovoce" de búsqueda de placer más que de donación desinteresada y receptora de la propia intimidad. Los hijos, de existir, devienen en un estorbo que hay que sortear para cumplir aquellos fines, no llegando a cristalizar en el fruto de la donación mutua.

El desarrollo de la sociedad tecnológica y la mayor autonomía personal, de otro lado, exigen cada día menos de la figura materna, e incluso paterna. Incluso en algún país europeo se propone en la actualidad como ideal un estilo de "sociedad sin padres".

2.—Falta de una síntesis vital femenina.

Hay en muchas personalidades femeninas, como una falta de sentido o de ideal antropológico, lo que facilita la desunión y aún la contraposición de dos vocaciones profesionales simultáneas: el hogar y el ejercicio de una profesión. Estos intereses muchas veces vienen encontrándose, haciéndose, paradójicamente incompatibles. Y en este momento de oscuridad, se decide la elección de lo que en apariencia se cree con más poder realizador de la propia personalidad: el trabajo fuera del hogar, desatendiendo lo más importante de la vida familiar. Esa incapacidad de renunciar a una labor extrafamiliar —aunque sólo sea en parte— ayuda a exigir la necesidad de una cierta planificación familiar.

3.—Vértigo ante las posibilidades que el momento cultural brinda.

Algunas mujeres no saben —no están formadas para “realizarse” en la plenitud asumiendo el papel de madre, a la vez, si éste lo permite— que simultanear sus actividades hogareñas con una relativa dedicación profesional, participación en la vida social, cultivo de hobbies, etcétera. Ante la acelerada cultura y su primera consecuencia, el enorme horizonte profesional que se va abriendo para la mujer, ésta sufre el vértigo de no saber a qué atenerse, arrojándose, muchas veces, en ese desfondamiento de la esterilidad o de la renuncia a ser ella misma. En consecuencia se evitan los hijos, que significarían un poderoso obstáculo para su ingreso como “productora” en la sociedad tecnológica. Así resulta finalmente la paradoja de la infertilidad de la mujer “productora”.

4.—Angustia ante el posible hecho de ser minusvalorada.

Por falta de interioridad y tal vez de capacitación profesional, la mujer no considera, con mentalidad profesional su dedicación a las tareas domésticas, luchando desesperadamente, a veces, por encontrar un lugar concreto en alguna actividad extrafamiliar.

Parten, en no pocas ocasiones, de una especie de “prejuicio” —casi irracional— miedoso, según el cual la dedicación a las tareas del hogar no son importantes culturalmente. Tal prejuicio, parece asentar en tantos años de cultura, dirigida unilateralmente por el hombre, que quizás no supo valorar convenientemente aquella dedicación. La soledad con que otras muchas veces se acompaña la mujer en su hogar, se ha venido incrementando en estos últimos años. Aceptar este papel renunciando al brillo social, es difícilmente aceptable.

Sin embargo, existe un instinto de maternidad insatisfecho que los descenra cuando, al amparo de estas ideas, más o menos modernas, no acaban de

encontrar su intimidad perdida desde hace tanto tiempo. Esta angustia, proviene a veces de esa “renuncia forzada” a su papel de madre, que incluso biológicamente se resiste a ser marginada.

5.—Imposición por parte del varón de una planificación familiar.

II.—Análisis fenomenológico de la vivencia concomitante al uso de los métodos anticonceptivos.

El análisis fenomenológico de estas vivencias, es bien distinto según que la mujer no tenga ningún hijo, o teniendo alguno, limite la llegada de otros. En el primer caso el balance es aún más negativo que en el primero.

Entre lo que hemos podido constatar se encuentran las siguientes radicales vivenciales:

a) Irrealización de su yo-maternal, que no se satisface sólo con la coparticipación e intercambio amoroso marital.

b) Al verse presionadas a elegir este seudocamino vocacional de la esterilidad, que le aparta de su sentido biológico, rechazan —inconscientemente— otras veces lo hacen conscientemente mediante la verbalización, su femineidad, manifestando su deseo de ser varones. Se organiza así una especie de remolino vital en el cual es difícil encontrar salida. De un lado, se identifican parcialmente con el hombre. De otro, no acaban de canalizar su existencia como mujeres. En medio de esta encrucijada bipartita, el verdadero ser se disuelve, y el deber ser apenas si se llega a intuir.

c) Culpabilidad, que en ocasiones se manifiesta con un aumento de la tensión menstrual (cuando más biológicamente se es mujer), acompañada de agresividad, irritabilidad, etc. Aquel rechazo inconsciente de su existencia como mujer ahora se hace patente hasta biológicamente. Y es que es imposible —si es que no una aberración— tratar de igualar los dos sexos.

d) Rechazo de sus propios instintos sexuales. Muchas veces por problemas de insatisfacción personal. Otras veces por observar como el varón se inclina por este modo de comunicación —al no existir el compromiso biológico de la maternidad, gracias a los anticonceptivos— descuidando así otros medios de comunicación que son imprescindibles en la mujer, como la protección, la seguridad, la comprensión, el sentirse suficientemente valorada, etc., etc. La mujer parece necesitar más de la ternura y de los sentimientos, que del instinto sexual incompletamente satisfecho.

e) Cuando se tiene un "por qué" para vivir, se tolera cualquier "como". La sexualidad casi nunca se constituye en un por qué para la vida de la mujer. La maternidad muchas veces. Conocemos sobradamente, como la "madre" ha aceptado, casi siempre, cualquier "como"

para su vida, cuando ha tenido algún hijo —"porqué"— al que servir. Incluso cuando el hijo ha sido único, hasta tal punto se ha constituido en su "porqué" vivir, que identificándose con él lo ha superprotegido de un modo anormal.

Por todo esto, una vez usado el método anticonceptivo, lo sexual se transforma para la mujer en una especie de deber matrimonial, es decir, en algo frío que cumplir, por ser una cláusula importante del contrato matrimonial y no en el radical existencial personal y libre que completa y da sentido a la vida interpersonal en constante donación desposeída.

En otros casos, hemos observado, como la mujer vive su forzamiento biológico y social hacia el matrimonio, más por una necesidad de tener un hijo propio, que por la otra previa de establecer una relación dual en el marco profun-

Nuevo!
Env. de 100 cápsulas



Lipostabil forte

en la ATEROSCLEROSIS

Env. 100 cáps. 272'30 Ptas.
Env. 40 cáps. 128'00 Ptas.

INFAR  **NATTERMANN**
Apartado 400-ZARAGOZA

Pub. Méd. Garsi

do de un encuentro existencial. Lo cual a todas luces resulta deformado.

Otras ocasiones de culpabilidad vivenciada en la mujer es, desplazada —mediante un mecanismo de defensa tal vez— hacia el marido. Es probable que en ello intervenga, el que, otras veces, es el propio marido el que lanza la propuesta de practicar un absoluto o relativo "Birth Control". De todas formas, en una inmensa mayoría de mujeres, su propia culpabilidad —no hablemos de la culpabilidad religiosa de la que ya hablaremos en otro momento— es proyectada hacia el marido, agotándose allí incompletamente. De aquí surge una cierta agresividad, que tampoco beneficia nada a la situación.

f) El método de la continencia periódica (método de KNAUS) parece ser el menos problemático desde un punto de vista psicológico. A favor de él habla esa facilidad de entrega espontánea los días en que se usa del matrimonio. Añádase a esto el potenciamiento de las ilusiones durante los días de espera. Negativamente tiene en contra el hecho de que cuando nace el niño "no deseado" o que llega "por equivocación" es frecuente que la madre reaccione con una cierta agresividad, que después deviene en culpabilidad, ante la que reacciona con mecanismos de superprotección desvirtuando así la buena educación y el intercambio transferencial entre ambos.

Los otros métodos utilizados, parecen manifestarse de un modo más pernicioso. En el fondo, la naturaleza no se adapta a ninguna "manipulación" exterior y, si al fin se consigue engañarla, la psique —al fin también es naturaleza— se revela no aceptando la fina y delicada "manipulación interior".

En algunos de estos otros métodos, la mujer y el hombre acaban llegando a establecer un tipo de relaciones maritales un tanto exotéricas. Ya no hay aquel compromiso biológico que constituía el primer sentido del acto conyu-

gal. Ahora éste se ha convertido en una especie de juego apasionante para el hombre absurdo y angustioso a veces para la mujer. Y es que a ésta exige el todo y no la parte.

Añádase a esto la espina irritativa, que supone el conocimiento y aún la manifestación de esos efectos secundarios "no deseados" consecuentes al uso de anticonceptivos, tales como el aumento de peso, los vómitos, la cancerofobia, la posibilidad de tener un hijo con alteraciones, etc., etc. El recuerdo constante de tener que ingresar en su corporalidad una tableta, o el de tener alojado en su interior algún aparato, la vergüenza de tener que solicitar al farmacéutico el medicamento preciso, desvelando así sus propósitos y aireando indirectamente sus relaciones resulta, según nuestra experiencia un tanto traumático.

En las mujeres de ambiente rural, la fenomenología de la vivencia es bien distinta. Por un lado existe una especie de temor a que el marido use más del matrimonio al no tener que enfrentarse con la responsabilidad de la descendencia. De otra, hay una especie de idea de "prostitución personal" al no ser fiel a lo biológico, consecuencia, en cierto modo, del tipo de pensamiento mágico primitivo que es tan frecuente en este sector. Por eso, en este ámbito, es menos frecuente el uso de estos métodos.

Por otra parte, hemos encontrado en bastantes de ellas un cierto temor a la pérdida de la identidad. En bastantes mujeres la idea de la sexualidad va íntimamente unida a la de maternidad, y no resisten separar una de otra.

Hay con todo esto, no una ruptura y disolución del tabú sexual —como se ha pretendido por algunos autores— sino más bien y al contrario una resistencia ante el nuevo tabú que intenta penetrar por todas partes.

No olvidemos que lo sexual, sin lo orgánico, no es. Y lo orgánico marginado

o desnaturalizado lo es apenas sensitivamente. Es como hacer algo sin arriesgarse. Y este amor sin riesgo es valorado por la mujer algunas veces, como un "uso" que se hace de ella, y no algo en lo que ella esté comprometida. La sexualidad sin su lógica y natural sucesión, la descendencia, deviene en un juguete de placer en el que la mujer se puede sentir como una muñeca-utilizada.

b) En cuanto a la relación entre psiquiatría y métodos anticonceptivos, hemos hallado algunos datos interesantes.

En mujeres neuróticas, la instauración de un tratamiento anticonceptivo, origina en algunas ocasiones, una mejoría de sus síntomas, mientras que en otras se complica su primitiva neurosis con sentimientos de culpabilidad. BUSSI (1966), después de estudiar a 550 mujeres encontró una menor proporción de neuróticas (el 8%) entre mujeres casadas con numerosa prole, que en aquellas que no tenían hijos y habían usado anticonceptivos.

Sin embargo, en otro trabajo el autor llega a resultados contradictorios ya que afirma "que un 16% de las mujeres entrevistadas pusieron objeciones a todos los métodos anticonceptivos", estando en relación estas objeciones con un fondo de personalidad neurótica.

Parece, pues, que hay mucho que investigar en relación con este problema.

De otra parte, en mujeres con crisis psicógenas de tipo histérico, parecen empeorar de dichas crisis al usar de estos productos.

Es, pues, aún prematuro, llegar a conclusiones ciertas.

Sin embargo, muy bien puede suceder que en aquellas personas con una personalidad inmadura o con una formación religiosa profunda que se compromete, en su conducta diaria, el uso de tales métodos, no parece estar muy indicado.

Los sentimientos de culpabilidad (muy abundantes en la mujer que usa anti-

ceptivos orales, frente a la proyección que de los mismos hace en el varón, cuando el método es el coitus interruptus) añadidos a la frustración de sus instintos maternos, es posible que organice una neurosis.

En otras ocasiones, la dinámica de la depresión que tales tratamientos han manifestado, parece estar en consonancia con lo anteriormente expuesto, así como con el "tedio vitae" que parece enraizar y aún vertebrar tal enfermedad. Muy posiblemente, todos ellos actúan desvelando depresiones de trasfondo asentadas en personalidades predepresivas, que venían arrastrando, desde antiguo, tales problemas. De todas formas, esperamos que estudios posteriores, más profundamente realizados, confirmen estas primeras intuiciones.

DIMENSION ANTROPOLÓGICA

La cuestión planteada exige, antes de su abordaje concreto, una petición de principio. Si lo que tratamos de entrever es la planificación de la familia, ya en su misma cuna, tenemos que ocuparnos del ser del hombre. No se trata tampoco de una cuestión aislada. Entre las operaciones del hombre, existen unas que dejando ahora de lado el hecho de que sean trascendentes o intrascendentes, finalizan relativamente en su sí-mismo. Pero hay otras que establecen inmanentemente la relación referencial a los "otros". Así la planificación familiar abarca las dos vías: la de la relación personal del ser consigo mismo y con un "otro" más próximo que ya está constituido en su estadio de ser, y finalmente dice relación directamente al acceso del ser de un "tercero".

Así el objeto del trabajo se nos manifiesta como a caballo entre dos campos extremadamente delicados, lo que supone la búsqueda del difícil equilibrio aún no encontrado.

De esta manera el modo de tratamiento dialógico —y no dialéctico— exige una difícil resolución de contrarios.

Frecuentemente el hombre de nuestros días cae en la tentación fáustica de tratar de someter a su razón todas las cosas. Manipula así, las mismas raíces de la existencia humana en su desmedido afán de encontrar la verdad. La semántica muchas veces nos ha advertido de la polaridad unilateral en la significación de algunos términos. El de planificación está muy cercano al de programación; sobre todo si verificamos éste último en orden a los computadores. La existencia humana parece como si luchara desmedidamente con un gasto de energía considerable por poseerse a sí misma y aún por determinarse.

Es como si al hombre de hoy le molestase la libre e ignota gratuidad con que fue constituido el acceso al ser que somos cada uno.

Este afán descarnado por tratar de abarcar los constitutivos primeros del ser de los "otros" podría responder a una cierta ruptura en el orden de la causalidad de los mismos. Es como si nos hubiéramos separado de la concepción natural del ser para extrapolarla en otro orden o sistema —el socio-cultural— en donde le obligamos a anidar de un modo autóctono e independiente.

Tal forzosidad presupone como una especie de esfuerzo por hacer del ser humano —trascendentalizar el YO— un género supremo de los demás entes existentes, incluidos en estos los futuros hombres que nos sigan cronológicamente en el ser. Pero hemos de advertir ya antes de seguir adelante, que la naturaleza (incluso la humana) nunca se ha dejado manipular; y si alguna vez se forzó su resistencia consiguiéndolo, siempre se pagó con creces.

Así estamos pasando continuamente sin tener conciencia de tal hecho, del orden del ser, al orden de los valores socioculturales. Y es que el hombre está siempre invitado a confundir "seguridad" y "verdad". La búsqueda de la segunda no en pocas ocasiones conduce a producirnos una buena dosis de angus-

tia. Y cuando ésta aparece en el escenario de nuestro perímetro existencial, es muy difícil que evitemos traicionarnos confundiendo el objeto de nuestra búsqueda.

Cuando la angustia empapa el ser del hombre, éste queda atascado y el motor que le empujaba —la vitalidad— en dirección a buscar la verdad, le sigue empujando ahora, pero en una dirección metamorfoseada, deviniendo en búsqueda de seguridad.

Una vez disuelta la angustia —emanada de la frustración y de la impaciencia que están supuestas en toda búsqueda de la verdad— en la compra de la seguridad personal, la verdad se desvanece y se oculta al hombre.

De aquí que él trate, mediante racionalizaciones más o menos lógicas y afortunadas mecanismos de defensa del Yo, que ya se ha esbozado como trascendental de justificar su "seguridad", conformándola como verdad.

La consecuencia a la que se llega es bien sencilla. La verdad se le ha escapado y en sus manos temblorosas ha quedado prendida la ansiedad. Ansiedad que es opuesta al señorío del hombre sobre la realidad (1). Y que deforma "la respetabilidad del ser", haciéndolo irrespetuosamente irrespetable (perdónesenos la aliteración) por sobrevaloración, que es siempre, al fin y al cabo una deformación de algunas facetas o dimensiones de la realidad constituyente.

Una vez dado este paso, se comprenderá fácilmente que las razones por las que vivir o por las que sufrir y amar, quedan marginadas, apareciendo en su lugar otras nuevas que no están en re-

(1) Al escapársele la verdad, la realidad que es ella misma también huye al conocimiento humano. Ya no hay esa "dominación" (del latín "dominus" señor, señorío, señorear) de las cosas y de las realidades y el ser muestra efectivamente quebrantado y descompuesto, siendo imposible el conocimiento.

lación y conveniencia con la naturaleza del hombre.

Una vez alcanzada la "seguridad" —siempre parcial y alienante, opuesta a la inseguridad constitutiva del hombre que hace posible la fe y la esperanza en su devenir futuro— el ser se estanca quedando atascado en una estructura (incluso lógicamente correcta) apacible y tibia, en la que no hay un lugar para la trascendencia por no existir la posibilidad del riesgo y de la apuesta existencial.

Otro escalón que se nos manifiesta en este buceo del ser del hombre, es el desorden significado en cuanto al cañón debido a su sí mismo.

Sin embargo, al ser el aparato natural —resistente, coherente en apariencia desde un punto de vista lógico (superestructura lógica defensiva), nuestro hombre se desploma en un pensamiento racionalista— funcionalista, quedando aplazado para otra ocasión —tal vez para ninguna otra— el uso auténtico del pensamiento operativo y creador (la "ratio" de los clásicos). A ese "tú" pensante que se entreteje formando un "nosotros" en cada una de las mil encrucijadas de nuestro camino diario, quizás pudiéramos decirle, que "piensa mucho y bien" (en un orden lógico aparente) pero "fuera del camino" (fuera del orden del ser).

No queremos alargarnos en esta cuestión previa, innecesariamente, por lo que dejamos al lector acompañante que siga él mismo, el curso de su pensamiento, a la luz de estas notas apenas explicadas (2).

Cuestión aparte, es el análisis de lo natural y de lo artificial, que más adelante nos veremos obligados a utilizar,

(2) Sabemos desde el advenimiento de la *gestal tpsychologie*, que el conocimiento se facilita cuando da lugar a que el lector pueda completar lo dicho por el autor, quedando así más comprometida su percepción y por tanto su pensamiento.

por lo que conviene que nos detengamos aquí siquiera sea un momento.

Importa mucho a nuestra consideración el discernir, de un modo conveniente, lo significado por los términos "natural" y "artificial". En la importancia de tal distinción, radica sobre todo en cuanto al modo de conocer.

En efecto, mientras que el "ser" de las cosas naturales "miden" el entendimiento humano, cuando éste las conoce; el "ser" de las cosas artificiales si que es susceptible de ser "medido" por el hombre, cuando éste las conoce.

Y es que el hombre al conocer el "ser" de las cosas artificiales ("artificiales" = de arte fácil), no hace otra cosa que establecerles el "ser" o en el "ser".

En el orden del ser natural, el hombre, como señala HEIDEGGER, testifica y se convierte en guardián del "ser" de las cosas, pero no puede por su misma naturaleza establecer el "ser". Su comportamiento frente al "ser" de las cosas naturales, es un comportamiento abierto al mundo receptivo, que se deja "medir por los entes".

Cuando el hombre por la falacia y también por la libertad de su entendimiento se hace subjetivo, niega el "ser" de las cosas, en cierto modo, deserta del mundo y se "desrealiza" empobreciéndose ontológicamente, al cerrarse herméticamente en su mismidad en simultánea evitación de la posibilidad de ser medido por el "ser" de las cosas, que el mismo, con su subjetividad ha negado.

De aquí surge la paradoja y la aporía (3) del sí-mismo condenándose a su propia contradicción. Andando este camino insoluble el hombre se arroja en brazos del fatalismo, negador de todo futuro. Tal vez la puerta grande de ingreso a las posturas existencialistas reactivas, haya que buscarla por esta vía.

Pero esta aposturación fatalista del

(3) Del griego *A* sin obstáculo y *poros*, camino abierto.

hombre sin espezanças, es consecuente relativista. Es la postura de las épocas culturales cansadas, en las que el hombre se encuentra incapacitado para adoptar la responsabilidad del riesgo de la decisión de cualquier búsqueda de verdad. Todo es relativo cuando el "Dasein" se muestra mediocre, pasivo y estáticamente agónico. Entonces la compromisión resulta sólo como una duda en la ambigüedad. Por eso al afirmar algo en lo que antes creíamos hablamos de "en mi opinión", "yo creo", etc., que junto a una negación implícita de toda verdad absoluta, existe como corriente subalbea un deseo inconfesado de medir el "ser de las cosas naturales.

Esta postura tiene otro reverso: el de considerar que las cosas marchan solas aún a pesar de nuestro esfuerzo, como si la historia fuera un "laissez faire, laissez passé" inane e inevitable. En este marco, el hombre está imposibilitado a hacer historia, ha perdido su condición de testigo y guardián del "ser" de las cosas naturales. Y así ya no hay verdad posible. El hombre que no —hace— verdad acaba no teniendo verdad en la que cree, ni luz con la que iluminar sus pasos.

De alguna manera repetimos lo aquí expuesto cuando el hombre proyecta de una manera artificial establecer el ser de los otros hombres. Planificar el ser del "otro" (4) (mediante medios artificiales o esperando comprobar el sexo del ser para obstaculizar o facilitar la

(4) Hay que tener mucha precaución para al hablar de planificación familiar, no confundir el término con la programación técnica de las computadoras, en las que lo constitutivo de las mismas es, simultáneamente aquellos datos o engramas que el hombre, previamente, había introducido en ellas. En el caso del hombre, resulta inviable que otro hombre nos programe como hemos de ser o por ejemplo determine que eje axiológico nos debe dirigir. El hombre ha de manifestarse en su libertad, aunque luego precisamente por el uso de la misma, aquél escoja la posibilidad del sometimiento.

plenitud potencial de su realidad), no es otra cosa que cosificar; es decir, establecerle en el "ser" a su antojo (al "otro"), al modo o según el orden del ser de las cosas artificiales.

Aquí no hay posibilidad de "dejar en libertad al ser" para que aquél se manifieste como quisiera HEIDEGGER. En todo caso se le encapsula bajo el arbitraje de las determinaciones de un Yo transcendentalizado, que por los mismos motivos se hace inevitablemente intrascendente. Y es que señores, tal vez nos hayamos olvidado de que el hombre no puede abarcar el "ser" del hombre.

Otra fórmula planificadora que de alguna manera está flotando en nuestra cansada civilización, de la que podría resumirse en la siguiente verbalización estructurada entre los componentes de la diada matrimonial: "Yo para tí, y tú para mí, y los demás no cuentan" (aunque entre los demás se pudiera encontrar el fruto de esta donación). En esta fórmula negamos de un modo bastante claro el ser de los "otros".

Al no trascender esta relación dialógica en una operatividad autóctona y externa a la misma diada —que eso es trascender: derramarse en la gratitud de un otro no controlable, sino libre— ésta deviene en un encierro mutilante de la propia mismidad, que de suyo es intrascendente. Anteriormente, al hablar del conocimiento empleábamos el término de "medir" el ser. No queremos significar con ello más que la realidad; es decir que el "ser" de las cosas naturales es anterior al acto del conocimiento de esas cosas por el hombre; frente al ser de las cosas artificiales que se establece en el acto de conocimiento. (Por ejemplo, cuando un relojero o un astronauta conocen el reloj o el cohete, simultáneamente les establecen respectivamente en el ser. Y si tales proyectos han sido bien conocidos —bien establecidos en el propio ser— la conducta de estos seres estará controlada, "medida" o planificada, por el hombre que les construyó).

Cuando el hombre se hace un sujeto trascendental tratando de medirse a sí mismo o tratando de medir a otros hombres, no consigue otro efecto que el de desmedirse, es decir el de asumir un conocimiento falso ("un nuevo orden en el que las cosas están ordenadas naturalmente a que se reconozcan que no son o a ser conocidas como no son" como dice Santo Tomás al hablar de la falsedad). Y es que finalmente, aunque el hombre mediante su poder creador coopera en establecer el "ser" de los otros hombres que le han de suceder, lo hace siempre en su calidad de cooperador y no de creador.

Cuando trata de hacerse trascendental, renuncia a su papel de cooperador y se adjudica uno que no le pertenece: el de creador.

Entonces el vértigo —consecuente a su vocación cooperadora— de su realización en la plenitud ontológica, deviene en angustia, cristalizando ésta en muchas crisis vitales de que tanto sabe el hombre de nuestra civilización tecnológica.

La afirmación del "ser" del hombre nunca puede conquistarse mediante una vocación para la nada. En ella ni se resuelve el "ser" ni se trasciende.

El vértigo quedó lejos. Sólo nos queda un camino para no angustiarnos en el no-ser: justificar mediante una superestructura que intenta ser lógica, la tensión entre la inmanencia y la trascendencia, dimensiones siempre presentes en la constitución del "ser" que somos cada uno de los hombres por naturaleza.



TRATAMIENTO COMBINADO DE RADIOTERAPIA Y UN QUIMIOTERAPICO

Por el Dr. ANGEL MARTINEZ

Enfermo visto y tratado en el Servicio de Radioterapia de la Residencia Juan Canalejo de La Coruña

Enfermo: E. L. C., de 57 años, varón, profesión agrario, fumador. Historia familiar sin interés. Historia personal, tiene una doble hernia. En agosto del 1971 ingresado en este centro y tratado de pancreatitis subaguda.

En el mes de octubre de 1971 empieza a sentir molestias de garganta por las que acude a su médico de familia. Por los síntomas subjetivos y objetivos se diagnostica de amigdalitis aguda. Se le aplica un tratamiento con antibióticos y sintomático, con un compás normal de espera para ver la evolución. No respondiendo como tenía que responder este tipo de afección al tratamiento aplicado con buen criterio y sin pérdida de tiempo lo envían al Otorrinolaringólogo

que corresponde. En este servicio y por no presentar el enfermo ningún síntoma claro para un diagnóstico de especificidad se cree oportuno continuar tratamiento en el sentido de proceso infeccioso de amígdalas.

Considera el especialista rebelde la evolución, el enfermo presenta dolor en garganta, más acusado en lado izquierdo. Una placa de color blanco grisáceo, fibrosa sangrante y con una zona perifocal enrojecida que interesa amígdala, zona contigua de velo de paladar y pilar anterior izquierdo, el dolor se irradia al oído del mismo lado. No cediendo al tratamiento practicado se efectúa una biopsia de la zona amigdalina afectada. Este tejido de biopsia